

QUINTA

**CARTA PASTORAL,**

DIRIGIDA AL VENERABLE CLERO Y FIELES

— DE LA —

DIOCESIS DE SONORA

— Y DEL —

VICARIATO APOSTÓLICO

— DE LA —

**BAJA CALIFORNIA.**



BX874

.L6

Q5

c.1

HERMOSILLO.

Imprenta y Estereotipia de A. Ramirez.

1888.

818

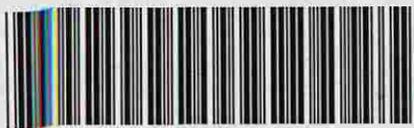
BX874

.L6

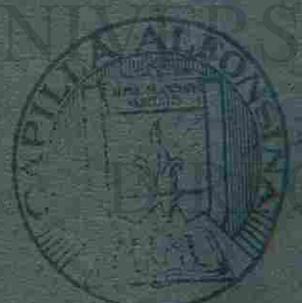
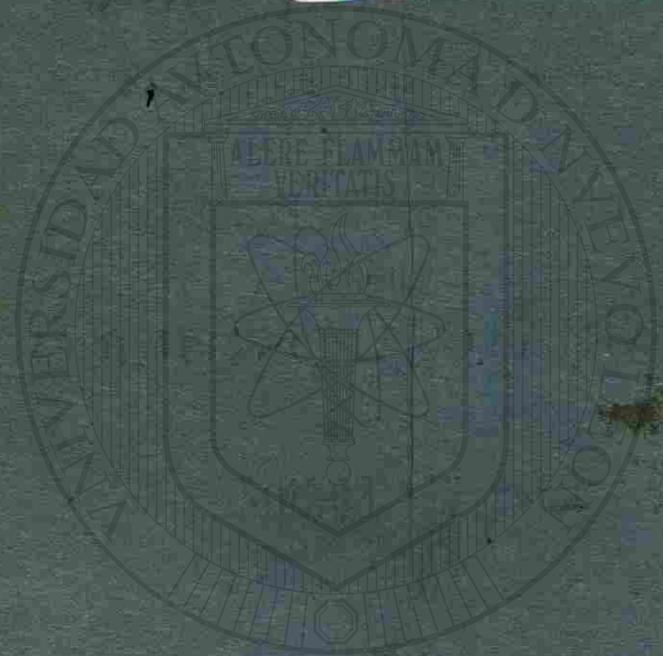
Q5

c.1

003918



1080027033



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

*Hermosillo  
4 mayo 88.*

*Fernanda Nazón*

QUINTA

# CARTA PASTORAL

DIRIGIDA AL VENERABLE CLERO Y FIELES

—DE LA—

DIOCESIS DE SONORA

—Y DEL—

VICARIATO APOSTÓLICO

—DE LA—

BAJA CALIFORNIA.

*Papez, Herculano*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

HERMOSILLO.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

Imprenta y Estereotipia de A. Ramirez.

1888.

41119



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



*Nos, Herculano López, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Obispo de Sonora y Administrador Apostólico de la Baja California. A nuestro Venerable Clero y á todos los fieles de esta Diócesis y del Vicariato Apostólico. Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.*

"Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?" (Luc. cap. XII, v. 49.) "Fuego vine á poner en la tierra: ¿Y qué quiero, sino que arda?" (Ev. segun S. Lucas, cap. XII, v. 49.)



VENERABLES Hermanos é hijos nuestros.

"La religión, ha dicho un escritor moderno, es, por su naturaleza, una autoridad para la razón y una regla para las costumbres. Estos atributos le son de tal manera inherentes, que Dios mismo no puede despojarla de ellos. Pero estas dos dominaciones, la autoridad y la regla, exigen al hombre sacrificios, y de estos sacrificios proviene gran número de repulsiones contra la fé." (Caussette, le bon sens de la foi, tomo 1, cap. 2, § I.)

Razón sobrada tiene el célebre apologista moderno. La autoridad y la regla son los dos atributos esenciales de la verdadera religión. La primera exige la sumisión del entendimiento á las verdades reveladas por Dios y propuestas por la depositaria de la verdad, por la Iglesia Católica: la segunda dirige nuestras acciones, y sujetando nuestros apetitos desordenados, nos exige una vida de abnegación y de sacrificio; y ambas nos imponen el deber de estar luchando constantemente con las tres concupiscencias que, segun la expresión del Apóstol San Juan, dominan en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los

003318

ojos y la soberbia de la vida: esto es, el amor desordenado á todo lo que puede lisonjear los sentidos: el amor de las riquezas, y una curiosidad sin medida, que todo lo quiere ver y entender; y el amor de los honores, de la elevación y de las alabanzas. Tantos sacrificios y tan costosos para la naturaleza caída en Adán, producen repulsiones, y á veces tan pronunciadas, que el hombre llega á revelarse contra la autoridad divina, y á decir como los Israelitas del tiempo del Profeta Jeremías "No quiero servir á Dios: *Non serviam.*" No quiero envilecer mi inteligencia hasta el grado de creer cosas que ni veo, ni comprendo: no quiero sacrificar mi libertad, y sujetarme á las privaciones que me exige la religión cristiana. ¡Insensatos! ¡No quieren creer los dogmas católicos, que se fundan en la veracidad de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y creen á ojos cerrados y sin discusión á un astrónomo que les asegura que el sol pesa tantos quilógramos! ¡No quieren sujetarse á la ley suave del Señor, y se sujetan como esclavos á las leyes tiránicas de la masonería! ¡Renuncian á la verdadera libertad, que es la libertad de los hijos de Dios, la libertad de obrar el bien; y abrazan la falsa libertad, la libertad de Satanás, la libertad de perdición, en una palabra, el libertinaje, el abuso de la libertad!

No hay duda: está sucediendo á la generación presente lo que á los Judíos del tiempo de Nuestro Sr. Jesucristo, según se expresa San Juan en su Evangelio, capítulo III, v. 19: "Lux vinit in mundum, et delixerunt homines magis tenebras quam lucem: erant enim eorum mala opera. La luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas, que la luz: porque sus obras eran malas." Esta luz es Jesucristo, su doctrina, su gracia, su Iglesia. A todo esto cierran los mundanos los ojos, y prefieren permanecer ciegos en medio de las tinieblas y de sus pasiones, á gozar del beneficio de esta luz divina. Encantados con los progresos puramente materiales, con los descubrimientos modernos, que nadie negará, ni reprobará, poco ó nada les interesa que la generación presente viva en la ignorancia en materia de religión, y que retroceda á los tiempos del paganismo. Sus pasiones son su dios; su religión, su culto, satisfacerlas. Comamos y bebamos, que mañana moriremos. ¡Como si el hombre fuera solo materia! ¡Como si hubiera sido creado solo para gozar de las cosas de la tierra!

Pero no es esto todo. Muchos perversos, de aquellos que se obstinan en el mal; muchos necios, de aquellos que han hecho de Voltaire y de Reman su libro de texto, blasfeman de lo que ignoran. Sin conocimientos, aún los más superficiales, de la Teología; desprovistos aún de la crítica del buen sentido, blasfeman contra Nuestro Señor Jesucristo, negando su divinidad: blasfeman contra la Santísima Virgen María, negando su perpétua

virginidad, y llamándola adúltera: se calumnia al Sumo Pontífice, á los Obispos y al Clero católico. Todo esto hemos visto en un periódico que se publica en Guaymas, y que no es más que una reproducción de "El Combate," que ve la luz pública en México. ¡Ah, Dios mío! Castiga á estos blasfemos: vuelve por el honor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, tan impiamente ultrajados; pero no les envíes un castigo que los pierda eternamente, sino uno que los haga abrir los ojos, y convertirse á vos.

A este fin, venerables hermanos y vosotros, muy amados hijos, que permanecéis aún fieles á Dios, á este fin deben dirigirse todos nuestros esfuerzos, á la conversión de los pecadores en general, y en particular, de los blasfemos. Pero como todo lo que podemos hacer ó pedir al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, no tendrá mérito sobrenatural sino por la gracia, y la gracia nos viene de Nuestro Señor Jesucristo, ocurramos al Salvador del mundo, que con su ejemplo nos dejó marcada la línea de conducta que debemos seguir, cuando trabajamos ó hacemos oración por la conversión de los pecadores.

El santo Evangelio, que es la historia de la vida y hechos de Nuestro Señor Jesucristo, nos refiere bien poco de lo que el divino Salvador hizo, durante los treinta primeros años de su vida mortal, para convertir los pecadores, conquistando el corazón de estos, comunicándoles el fuego de la caridad, que en el suyo ardía, y que vino á traer á la tierra: "Fuego vine á traer á la tierra. ¿Y qué quiero sino que arda?" La vocación de los judíos, llamando al pesebre de Belén unos pobres pastores, por el ministerio de los ángeles; la vocación de los gentiles, trayendo de las apartadas regiones del Oriente unos sabios y poderosos, por medio de una estrella, que hasta entónces no se habia visto en los espacios inmensos del cielo; las preguntas y respuestas con que, siendo de edad como de doce años, dejó admirados á los doctores de la ley en el templo de Jerusalem. Esto es todo. Pero no sucede así en los tres años de vida pública, que Nuestro Salvador pasó sobre la tierra: porque este tiempo fué consagrado por Nuestro Señor Jesucristo para procurar á los hombres la vida, la verdadera vida, no la vida animal, que tenemos comun con los irracionales; sino la vida espiritual, la vida de la gracia. Y por eso decía, según San Juan: "Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant: Yo he venido para que los hombres tengan la vida, y la tengan en más abundancia." Cap. X, v. 10.)

¿Y qué hizo Nuestro Señor Jesucristo en los tres últimos años de su vida mortal, para procurar á los hombres esta vida sobrenatural, esta vida abundantísima de la gracia? Como la generación de aquel tiempo era una generación incrédula, de dura cer-

víz y de corazón incircunciso, preciso fué que el Salvador probara su misión divina y su divinidad misma con obras extraordinarias, que llamamos milagros, es decir, con obras exteriores, contrarias á las leyes ordinarias de la naturaleza, y superiores á las fuerzas humanas.

Ardua sobre manera fué la misión que Nuestro Señor Jesucristo traja á la tierra. El género humano, despojado de sus derechos primitivos y constituido enemigo de Dios por la prevaricación del Paraíso, debía ser rescatado del cantiverio del demonio y reconciliado con su Criador: roto el vínculo de la caridad fraterna por el vil egoísmo, que no se cuida sino de sí mismo, debía reanudarlo, enseñándonos à amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo, en Dios y por Dios, como á nosotros mismos: dominado por las tres grandes concupiscencias que trastornan el mundo, segun San Juan, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, debía el hombre ser provisto de medios eficaces para dominar, cuando quiera, y hacerse señor de sí mismo, venciendo aquellas concupiscencias. Grande debe ser la habilidad de un médico, que trata de hacer desaparecer inveteradas y muy graves enfermedades; y el Médico divino, Nuestro Señor Jesucristo, para curar á la humanidad, enferma de más de cuatro mil años, como si no hubieran sido suficientes los medios naturales y ordinarios, recurre á los extranaturales y extraordinarios, y toda la Judéa y las regiones limítrofes fueron testigos de que los ciegos, y aún los ciegos de nacimiento, veían la luz; los cojos y paralíticos recobraban el uso expedito de sus miembros; los muertos, y aún los muertos de cuatro dias de enterrados, volvían á la vida; al imperio de su voz los vientos y las tempestades se calmaban; la mar se consolidaba; los demonios huían despavoridos, y toda la naturaleza obedecía á la voz de Nuestro Señor Jesucristo. Y de esta manera quiso probar su misión divina, conquistar el corazón de los hombres y atraerlos á la verdadera penitencia.

Pero aquí, venerables hermanos y muy amados hijos, parece que oigo á los racionalistas, diciendo: *Los llamados milagros son inadmisibles, son puros mitos: porque las leyes eternas de la naturaleza son invariables.* Así lo han dicho los racionalistas de todos los tiempos: así lo repite, como eco fiel, el "Nuevo Independiente," que se publica en Guaymas. ¡Nécios! ¿Quién es el Autor de la naturaleza y de las leyes que la rigen? ¿Y no podrá Dios suspender, cambiar, derogar, por una vez ó por mil, las leyes de la naturaleza de que El mismo es Autor, cuando así lo pidan sus miras impenetrables para la inteligencia humana? El legislador humano puede abrogar, derogar, suspender, cambiar sus propias leyes, cuando así lo exige el bien comun. ¿Y Dios, legislador uni-

versal, de quien viene todo el poder que los hombres ejercen en las sociedades humanas, podrá ménos que el hombre? ¡Nécios! vuelvo á decir, y mas nécios que uno de los filósofos impíos del pasado siglo, que calificaba de locos á los que negaban la posibilidad de los milagros. Juan Jacobo Rousseau, en efecto, á la pregunta: ¿Qué es un milagro?—respondía lo siguiente: "Un milagro es, en un hecho particular, un acto inmediato del poder divino, un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible de sus leyes. ¿Puede Dios hacer milagros? Esta cuestión, propuesta seriamente, sería impía, si no absurda: imponer un castigo al que la resolviera negativamente sería hacerle mucho honor; bastaria encerrarle en una casa de locos. (Troisieme lettre écrite de la Montagne.)

Además ¿qué es el órden, qué son las leyes de la naturaleza y cómo conocemos uno y otras? Conocemos el órden y las leyes de la naturaleza únicamente por la experiencia general, que nos deja ver los mismos efectos constantemente reproducidos en las mismas circunstancias. Damos el nombre de leyes naturales á las causas que producen estos efectos constantes; y damos el nombre de órden natural al conjunto de estas leyes. ¿Pero cómo sabremos con certidumbre que un hecho particular es un milagro, un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible á sus leyes? Por el sentido comun. En efecto, el testimonio universal, que tenemos por el consentimiento comun, es el que únicamente nos enseña con certidumbre que un fenómeno es natural ó conforme á las leyes, al órden constante de la naturaleza. Luego cuando este testimonio asegura que un hecho, un fenómeno cualquiera es un cambio sensible en el órden de la naturaleza, una excepción real y visible á sus leyes, la realidad de este cambio, ó de este milagro es tan cierto, como es cierto que existe un órden, que existen leyes de la naturaleza; y cualquiera que se negára á creer sobre este punto el testimonio general de los hombres no podria razonablemente creerlo sobre cosa alguna, ni podria conocer el órden de la naturaleza y sus leyes, ni aún saber si hay un órden real y leyes fijas en la naturaleza.

Por lo que hace á los milagros de Nuestro Señor Jesucristo, no puede haber cosa mejor probada: el género humano dá testimonio de esto; los primeros cristianos que los vieron y se dejaron degollar por millares y aún por millones; los mismos Judíos y los paganos que los vieron, y se hicieron cristianos por centenares y aún por millares, y se expusieron á perder sus bienes y su vida; los Judíos y los paganos que no se convirtieron, como los antiguos rabinos, Juliano Apóstata, Celso, Porfirio, que en los mismos escritos que publicaron contra la religión cristiana,

confiesan que Nuestro Señor Jesucristo hizo los mas sorprendentes milagros, hasta resucitar los muertos. Los mismos Judíos contemporáneos de Nuestro Señor Jesucristo no negaban sus milagros. Unos se maravillaban al verlos, y decían: “Bien ha hecho todas las cosas: á los sordos ha hecho oír, y á los mudos hablar.” (Ev. seg. Sn. Márcos, cap. VII, v. 37); y otros los atribuían al poder del demonio (Ev. seg. Sn. Mateo, cap. XII, v. 24). Cecen, pues, los racionalistas de negar la posibilidad y la realidad de los milagros; no nos decanten ya sus *leyes eternas é inmutables de la naturaleza*: porque los mismos enemigos de Nuestro Señor Jesucristo y de su doctrina les dan lecciones de buen sentido y de racionalidad.

Perdonad, venerables hermanos y muy amados hijos, esta digresión, á que nos obligan nuestro cargo Pastoral y las blasfemias que sin cesar publican por la prensa, unos hombres que, para no desbarrar, deberían tener presente aquel proverbio tan conocido de Plinio: “Sutor, ne supra crepidam: Zapatero, á tus zapatos.” Volvamos á nuestro propósito.

Isaias habia dicho, (cap. LXI, vs. 1 y 2): “El espíritu del Señor sobre mí porque me ungió el Señor: me envió para evangelizar á los mansos, para medicinar á los contritos de corazón, y predicar remisión á los cautivos, y libertad á los encerrados: para predicar el año de reconciliación con el Señor, y el día de venganza de nuestro Dios: para consolar á todos los que lloran.” El mismo Jesucristo Nuestro Señor declaró: (Sn. Lucas, cap. IV, v. 18) que esta profesía de Isaias le pertenecía á sí mismo. Evangelizar á los mansos, medicinar con sus palabras de vida á los contritos de corazón, predicar remisión á los cautivos del pecado y del demonio, predicar el año de reconciliación con Dios, de perdón á los hombres de buena voluntad, y de venganza á los obstinados en el mal, consolar á los que lloran. Estas fueron, venerables hermanos y muy amados hijos, las ocupaciones diarias de Nuestro Salvador, durante tres años, desde que fué bautizado en el Jordan hasta que espiró en el Calvario: por este medio procuró conquistar el corazón de los hombres. ¿Quién ignora, en efecto, que Nuestro Señor Jesucristo empleó los últimos tres años de su vida mortal en predicar una doctrina de caridad, propia para conquistar los corazones? El templo, las plazas y las calles de Jerusalem son testigos de esta verdad: los caminos, los desiertos, los montes y los mares oyeron su voz. Ora reprende enérgicamente los vicios, para excitar los pecadores á la conversión: ora enaltece las virtudes para depositar en el corazón humano estos gérmenes preciosos, que producen la vida eterna. Aquí reprende con vehemencia la malicia, la hipocresía de los fariseos para convertirlos y para preservar á otros del contagio

de sus falsas doctrinas: allá acaricia á los niños, y encomia su candor y su inocencia para estimularnos á imitarlos. Unas veces amenaza de una manera terrible á los pecadores endurecidos, para infundirles un saludable temor: “Me buscareis y no me hallareis: y donde yo estoy, vosotros no podéis venir.” (Sn. Juan, cap. VII, v. 34): otras veces es un padre amoroso y compasivo, que recibe y estrecha entre sus brazos al hijo que fué ingrato, pero que vuelve sinceramente arrepentido, implorando el perdón. En un lugar nos hace ver los tormentos terribles del rico avariento, que deseaba al ménos una gota de agua, para mitigar un tanto los ardores del fuego del infierno: en otro, la paz, la tranquilidad, que disfrutaba el pobre Lázaro en el seno de Abraham; y siempre, y en todas partes demuestra hasta la evidencia, que vino á traer á la tierra el fuego divino de la caridad, y que procuró encenderlo en el corazón de los hombres: “Ignem veni mittere in terram, ¿et quid volo nisi ut accendantur?”

A más de la predicación, Nuestro Señor Jesucristo empleaba frecuentemente la oración para conquistar el mundo. En efecto, Leemos en el Santo Evangelio, que Nuestro divino Maestro se separaba de las turbas que le seguían, y se retiraba solo á los montes á orar: “Et dimissa turba, adscendit, in montem olus orare” (Sn. Mateo, cap. IV, v. 23): que despues de haber pasado todo el día enseñando y curando los enfermos, pasaba las noches en oración: “Erat pernoctans in oratione Dei” (Sn. Lucas cap. VI, v. 12): que se retiraba con sus discípulos á los lugares desiertos, y entregándose á la oración, descansaba de las fatigas de la predicación: “Venite seorsum in desertum locum, et requiescite pusillum.” (Sn. Márcos, cap. VI, v. 31). Ahora bien; como la oración es la elevación del alma á Dios para pedirle mercedes, ¿qué tenía que pedir para sí el inocente, el justo, el Santo de los Santos? No bienes temporales: porque, dueño de todo, de nada necesitaba, y cuando queria, se hacia servir por los ángeles: no bienes espirituales, porque, Dios, tiene todas las perfecciones posibles é imaginables. Pedía, pues, para nosotros y por nosotros. Así nos lo hace entender aquella admirable oración, que en la última cena dirigió á su Eterno Padre en presencia de sus discípulos, y que descubre el fuego de la caridad que abrazaba su corazón: “Ego pro eis (pro discipulis) rogo: Yo ruego por ellos (por los discípulos) (Sn. Juan, cap. XVII, v. 9); pero no solo por ellos, sino tambien por todos aquellos que han de creer en mí por la predicación de ellos: “Non pro eis rogo tantum, sed et pro iis, qui credituri sunt in me per verbum eorum” (v. 20) ¿y qué pide para los discípulos y para los futuros creyentes? Escuchad, venerables hermanos y muy amados hijos, y admirad la caridad ardiente que abraza el corazón de Nuestro Señor Jesucristo. Pide que seámos entre nosotros una misma co-

sa por la conformidad de nuestras voluntades, unidas por el vínculo de la caridad, como El y su Padre son una misma cosa por la consustancialidad, ó unidad de sustancia: "Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te." (Sn. Juan, cap. XVII, v. 21): pide que estemos un día en donde El está: que seámos participes de su gloria, y que véamos y gocemos de la hermosura de la eterna bienaventuranza: "Pater quos dedisti mihi volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum: ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi." (v. 24) ¡Ah! ¡solo un amor infinito, como el que abraza el Sagrado Corazón de Jesús, puede desear tan buenas cosas para unos hombres, que no tenemos en recompensa sino frialdad y tibieza, miseria y malicia!

Como acabais de ver, venerables hermanos é hijos muy amados, Jesucristo Nuestro Señor hizo milagros, predicó, oró para conquistar el corazón de los hombres, y encenderlos en su amor. Todo esto era suficiente, y más que suficiente, superabundante para salvar el mundo y mil mundos que hubiera; pero no bastaba para dejar satisfecho el amor de Jesucristo á los hombres: porque nos amó infinitamente, y para satisfacer su amor, se entregó á los oprobios, á los tormentos y á la muerte, no solamente por el género humano en comun, sino por cada uno de nosotros en particular, de tal suerte que cada uno de nosotros puede decir lo que de sí decía San Pablo: "Me amó el Hijo de Dios, y se entregó por mí: Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me." (Ep. á los Gálatas, cap. II, v. 20).

Pero no solo esto. El Hijo de Dios, conociendo la miseria humana, vió que todos sus sacrificios quedarían perdidos para el hombre, si este llegaba á olvidar los excesos del amor divino. Excogita un medio para obviar tan grande mal, y en su Corazón amantísimo, inagotable en recursos para nuestro bien, encuentra el de quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, para dejarnos allí su Corazón, como un memorial perenne de su sacratísima pasión, y un testimonio irrefragable de su ardientísima caridad. No bastó, para demostrarnos esta, que Nuestro Señor Jesucristo muriese realmente una vez, y derramase realmente toda su preciosísima sangre en el ara de la Cruz; sino que quiso morir místicamente en nuestros altares, todos los días, en todas las horas del día, y en toda la redondez de la tierra, ordenando á los apóstoles, y á todos sus sucesores y sacerdotes hasta la consumación de los siglos, que repitiesen el mismo Sacrificio: "Hoc facite in meam commemorationem." (Sn. Lucas, capítulo XXII, v. 19, I ad Corinth. cap. XI, v. 24).

Este es el Sacrificio que figuraban los sacrificios de la ley antigua: "Omnia in figura contingebant illis." (Ep. I ad Corinth. cap. X, v. 11): este es el sacrificio que Dios Nuestro Señor anun-

ció por el Profeta Malaquías, cuando dijo: que desde el oriente hasta el ocaso su nombre sería grande en las naciones, y que en todo lugar se ofrecería y sacrificaría á su nombre una oblación purísima y santísima: "Ab ortu solis usque ad occasum magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda." (Malaquías, cap. I, v. 11). Esta oblación pura, esta oblación santa es el Sagrado Corazón de Jesús, centro y asiento del amor del Salvador del mundo, amor que le obligó á entregarse á la muerte por nosotros, y á quedarse en nuestros templos para hacernos compañía hasta el fin de los siglos, con el fin de conquistar el corazón de los hombres, y obligarlos á que le amásemos: "Charitas Christi urget nos." [Ep. II ad Corinth. cap. V, v. 14].

¡Sacrificio santísimo! ¡Víctima de inestimable valor! ¡Oblación preciosísima, que sola puede contrapesar las maldades del mundo, y á la que el mundo debe su conservación! Porque, en efecto: ¡ay del mundo el día que el Sagrado Corazón de Jesús dejara de inmolarse en la Sagrada Eucaristía! Aquel día las iniquidades de los hombres harían descender el platillo de la justicia divina, el furor de Dios rebosaría, y el género humano sería destruido: porque el mundo hoy no es mejor que los habitantes de la tierra en tiempo de Noé, cuando Dios Nuestro Señor, como dice el sagrado libro del Génesis, se arrepintió de haber hecho al hombre, y resolvió destruirlos por las aguas del diluvio: ni es menos perverso que los habitantes de aquellas ciudades nefandas, que fueron consumidas por el fuego del cielo, porque el clamor de sus maldades llegó hasta los oídos de Dios (Génesis, cap. XVIII). No: hoy el mundo sobrepuja en malicia al antiguo, como las empresas gigantescas de hoy sobrepujan á las pequeñísimas de aquellos tiempos: la niñez se educa sin temor de Dios, que se destierra de las escuelas atéas: la juventud pervierte su corazón, bebiendo en los libros y folletos impíos el veneno del materialismo, del racionalismo. La edad madura traduce en hechos las doctrinas perversas en que se empapara, y se precipita en todos los placeres prohibidos por la ley de Dios, abrazando los medios más repugnantes para satisfacer las pasiones; y hasta la vejez pasa los días en un estado asombroso de indiferencia, como si no le faltaran pocos pasos para salvar la barrera que divide el tiempo de la eternidad. De aquí, como consecuencias funestas, sí, y disolventes, pero muy lógicas, la inmoralidad y la impiedad que, como torrentes sin diques, inundan la tierra, y van sembrando por todas partes la desolación en el seno de las familias, y en las sociedades, todos los desórdenes, todos los escándalos.

¿Y quién mantiene la vida del mundo á pesar de tantos crímenes, que provocan la justicia divina, y claman venganza? El Sa-

grado Corazón de Jesús, ésta víctima santa que se inmola todos los días sobre nuestros altares: ésta oblación de suavísimo olor, que todos los días sube de la tierra al cielo, y llega hasta el trono del Eterno, y hace que lluevan sobre la humanidad delincuente las misericordias del Señor, por las que no perecemos: "Misericordiae Domini quia non sumus consumpti" (Thren. III, v. 22). Mas no es esto todo. El Sagrado Corazón de Jesús quiere que nosotros cooperemos con El para aplacar la justicia divina. A este fin, y porque Dios Nuestro Señor en su misericordia quiere que sobreabunde la gracia, cuando abunda el pecado, nuestro Divino Salvador había reservado para el presente siglo, característicamente impío, materialista y racionalista, el desarrollo y rápida propagación de la devoción á su Sacratísimo Corazón, como un último esfuerzo de su amor para encender en la tierra la llama santa de la caridad, y retraer á los hombres del abismo de la perdición: "Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?"

A este mismo fin, venerables hermanos y muy amados hijos, deseamos ardientemente ver propagada en nuestra Diócesis la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y no solo esto, sino consagrar de un modo especial á tan amante Corazón todas nuestras ovejas, y erigir en esta ciudad de Hermosillo y en todas nuestras Parroquias la Archicofradía del mismo nombre y el Apostolado de la oración. ¡Son tantas las necesidades, particularmente las espirituales, que nos rodean! La impiedad progresa rápidamente, é invade todas las clases de la sociedad. La indiferencia religiosa va acabando con la pía devoción que aún quedaba en días no remotos. La blasfemia se oye ya sin repugnancia, y aún se lee con gusto en los impresos, que se han tomado la tarea diabólica de hacer la guerra á Dios, negando las verdades de nuestra religión, denigrando la conducta de sus ministros, y fomentando la desmoralización. ¿A quién recurrir en tan tristes circunstancias? Al Sagrado Corazón de Jesús, que para la salud del mundo y para consuelo y alivio de todos se quedó entre nosotros en la Santísima Eucaristía. ¿Sois ricos? Venid á Jesús, y El os enseñará á hacer buen uso de vuestros bienes de fortuna: "Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur: Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia." (Sn. Mateo, cap. V, v. 7): ¿Sois pobres? Venid á Jesús, y El os dirá que, si lleváis en paciencia vuestra pobreza, seréis saciados un día con los bienes eternos: "Beati, qui nunc esuritis: quia saturabimini." (Sn. Lucas, cap. VI, v. 21). ¿Os sentís agobiados con el peso de vuestras maldades y miserias? Venid á Jesús: El os invita con suavísimas voces, porque quiere quitaros la enorme carga de vuestros pecados: "Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis et ego reficiam vos." (Sn.

Mateo, cap. XI, v. 28). Vengámonos todos al Corazón de Jesús, y todos hallaremos en El el consuelo en vuestras aflicciones; en vuestras miserias, aliento; fuerza en las tentaciones, y en todas vuestras necesidades, el remedio oportuno.

Bien considerado todo esto, venerables hermanos y muy amados hijos, y lamentando, como amargamente lamentamos, las grandes necesidades espirituales y aún temporales de esta Diócesis, que el Pastor eterno se ha dignado poner sobre nuestros hombros; ciertos como lo estamos, de que no hay poder humano, que sea capaz de salvarnos de los peligros que nos rodean, y de otros mayores que nos esperan; plenamente convencidos de que el Sagrado Corazón de Jesús quiere y puede socorrer vuestras necesidades, así comunes, como particulares: hemos resuelto poner en ejecución el pensamiento que, tiempo há, nos inspirara la consideración del triste estado en que se encuentra nuestra Diócesis, tanto en lo espiritual, como en lo temporal; y nos apresuramos á hacerlo, viendo que se acerca la estación en que, en años no remotos, la justicia divina ha visitado estas tierras con una peste asoladora, que en pocos días ha hecho desaparecer de entre los vivos á muchos de vuestros deudos y amigos.

Nuestro pensamiento es, venerables hermanos y muy amados hijos, consagrar nuestra Diócesis y el Vicariato Apostólico de la Baja-California, y todos y cada uno de nuestros diocesanos con su indigno Pastor, al Sagrado Corazón de Jesús. En consecuencia, desde hoy quedamos todos colocados bajo la tutela especialísima del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo. En el Sagrado Corazón de Jesús se robustecerá nuestra fé, y nos preservaremos de caer en el error; se alimentará nuestra esperanza, y no desearemos ya sino los bienes de la eternidad bienaventurada; se nutrirá nuestra caridad, y no amaremos ya sino á Dios Nuestro Señor sobre todas las cosas, y á nuestro prójimo, sea quien fuere, como á nosotros mismos, en Dios y por Dios. Escondidos en el Sagrado Corazón de Jesús, no temeremos al demonio con todas sus astucias, ni al mundo con todos sus atractivos, ni la carne con sus aguijones. Y cuando llegue el día en que debemos pagar el tributo común á la naturaleza, la muerte no nos asustará; por que Dios Nuestro Señor nos concederá la gracia de morir en el Sagrado Corazón de Jesús. Verdad es que desde el día de nuestra ordenación episcopal, íntimamente persuadidos de nuestra incapacidad para un cargo tan tremendo como es el del Episcopado y previendo las necesidades de la Diócesis á que Dios Nuestro Señor nos destinara, nos hemos puesto, así como á todos vosotros, bajo la tutela poderosísima de la Santísima María, Madre de Dios; mas esto no impide que ahora nos consagrémos al Sagrado Corazón de Jesús. Al contrario: vuestras peticiones,

presentadas á Nuestro Señor Jesucristo por el Corazón inmaculado de la siempre Virgen María, serán, no hay que dudarlo, favorablemente despachadas.

Además, deseamos ardentemente ver establecida en toda nuestra Diócesis la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración. Exhortamos á nuestros párrocos, y les encargamos que cuanto antes procuren á sus feligreses, por este medio, los incalculables beneficios espirituales, que están concedidos á tan tierna institución. Para facilitar la erección canónica de la Archicofradía y del Apostolado de la Oración, hemos mandado imprimir en pliego separado la "Breve instrucción á los Sacerdotes sobre el modo de establecer y practicar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración," tomada del "Mensajero del Corazón de Jesús," que se publica en México; y hemos dispuesto que se remita un ejemplar á cada uno de los Señores Párrocos.

Trabajemos, venerables hermanos, trabajemos sin descanso por la gloria de Dios Nuestro Señor y por la santificación de las almas. Cuanto los perversos se empeñan en perder las almas, tanto y más esforcémonos nosotros en ganarlas para Nuestro Señor Jesucristo, no sea que un día se nos diga: "Los hijos de este siglo más sábios son en su generación que los hijos de la luz: Feli hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt" (San Lucas, cap. XVI, v. 8.) ¿Los hijos del siglo, los que viven según las máximas del siglo, los que se han tomado la tarea satánica de corromper las costumbres, de pervertir á los hombres, serán más diligentes, más activos en su empresa diabólica, que nosotros los hijos de la luz, los ministros de Cristo Nuestro Señor, para ganar las almas para el cielo? No lo permita Dios. No permita el Señor que, contentándonos con decir la Misa, rezar el oficio y anunciar alguna vez la palabra divina, nos entreguemos al descanso ó al sueño: porque entre tanto el hombre enemigo siembra la zizania en nuestro campo para impedir que el buen grano fructifique. Trabajémos mientras Dios Nuestro Señor nos dá fuerzas y vida. No nos arredre el trabajo, ni las dificultades nos asusten, ni el cansancio sea causa de desaliento: tiempo vendrá, y acaso no muy remoto, en que recogeremos el fruto de nuestras fatigas. Como el pobre labrador arroja con pena sobre la tierra el poco grano que tiene reservado, y despues se consuela al ver una abundante cosecha: así nosotros, sembraremos con trabajo la semilla evangélica, á pesar de las contradicciones del mundo; pero día vendrá en que, llenos de gozo, recogeremos las gavillas, fruto de nuestro trabajo: "Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos." (Ps. CXXV, v. 6).

¿Y qué medio más eficaz para procurar la gloria de Dios Nuestro Señor y la santificación de las almas, que trabajar por el Corazón de Jesús y en el Corazón de Jesús? ¿Qué medio más eficaz para preservar del contagio del siglo las ovejas que nos están confiadas, que ponerlas todas en el Corazón de Jesús? ¿Qué medio más eficaz para encender en el corazón de los hombres el fuego santo de la caridad, que Jesucristo Nuestro Señor vino á traer á la tierra, que colocarlos á todos en esa hoguera del amor divino, en el Corazón de Jesús? Ciertamente, venerables hermanos, el día que los cristianos sean invitados por nosotros para inscribirse en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, y que los cristianos se presenten presurosos á corresponder á nuestra invitación, ese día daremos un paso gigantesco en la regeneración de los individuos, de las familias y de la sociedad.

Pongamos, pues, venerables hermanos, los medios que la bondad divina nos ofrece para la santificación de las almas: sembremos con nuestra palabra, reguemos con exhortaciones continuas, y la misericordia divina dará el fruto. No olvidemos jamás estas dos verdades, que nos sirven de poderoso estímulo para trabajar, y que endulzan las amarguras de nuestro ministerio, y nos hacen tener por leves los más graves trabajos, primera: que Dios Nuestro Señor quiere salvar las almas; pero, de Providencia ordinaria, quiere salvarlas por los Sacerdotes, y segunda: que un solo pecador que se convierta y se salve, siendo nosotros el instrumento de su bien, realzará la gloria que Dios Nuestro Señor nos tiene reservada en el cielo como premio de nuestros trabajos.

Y vosotros, carísimos hijos, vosotros los que, sedientos, correis en pos de las aguas de este mundo, que no pueden saciar vuestra sed: "Omnis, qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum." (San Juan, cap. IV, v. 13); venid á gustar las aguas de la regeneración espiritual, de la santificación, en las fuentes del Salvador, en el Corazón de Jesús: "Haurietis in gaudio aquas de fontibus Salvatoris." (Isaías, cap. XII, v. 3.) Estas aguas saludables que brotan del Corazón de Jesús, la gracia y la santificación, tienen la virtud de apagar para siempre la sed de los bienes terrenos: "Qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in æternum" (San Juan, ut supra.) Venid al Corazón de Jesús, y vereis que, así como las aguas tienen la virtud natural de saltar hasta la altura de su fuente, así las que brotan de aquel divino manantial nos harán llegar, por virtud sobrenatural, hasta el lugar de nuestro origen, hasta la vida eterna, hasta Dios. "Aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam." (San Juan, cap. IV, v. 14).

Recibid, venerables hermanos y muy amados hijos, con esta carta, la bendición Pastoral, que de lo íntimo de nuestro corazón

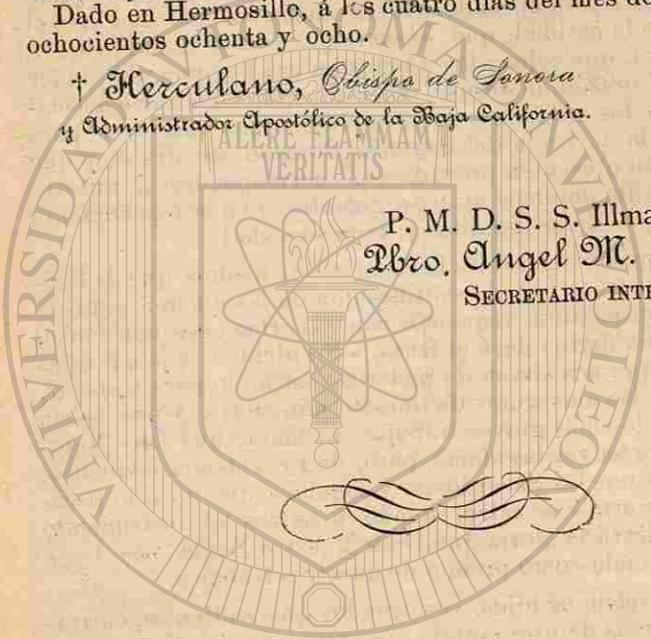
os enviamos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Será leída esta Carta en todas las Iglesias parroquiales, el primer domingo despues de recibida, concluido el Evangelio de la Misa mayor, y despues se fijará en los parajes acostumbrados.

Dado en Hermosillo, á los cuatro dias del mes de Mayo de mil ochocientos ochenta y ocho.

† *Herculano, Obispo de Sonora*  
y Administrador Apostólico de la Baja California.

P. M. D. S. S. Illma. y Rma.  
Dño. Angel M. Barceló.  
SECRETARIO INTERINO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



003